



Los diez deberes del estudiante

El primer deber es que el estudiante debe limpiarse internamente. Esto significa que debe ser capaz de actuar sin los efectos distorsionantes de la ira, la voracidad, la envidia, y demás, que no son considerados por los sufis como factores humanos, sino más bien como prehumanos.

El segundo deber es tener intereses mundanos, pero sólo hasta el punto en que son necesarios por el ambiente *social*. El tema aquí es que “el Conocimiento no da nada a un hombre hasta que él no se lo haya dado todo”.

El tercer deber es el de la completa sumisión al maestro. Esto es, por supuesto, parte de un contrato de mutuo y total respeto. Ghazzali ilustra esto con una historia acerca de una vez cuando el secretario de Profeta Mahoma estaba a punto de montar una mula. Ibn-Abbas, un miembro de la familia del Profeta, se adelantó para sostenerle el estribo.

El secretario dijo:

- ¡Oh primo del Profeta! No te molestes.

Ibn-Abbas respondió:

- Se nos ha mandado a tratar así a los sabios.

Entonces el secretario besó la mano de Ibn-Abbas, diciendo:

- Y a nosotros, también, se nos ha mandado respetar a la familia apostólica.

El conocimiento no se puede alcanzar sino a través de la humildad. Esta relación es bastante diferente de la del sistema de sumisión guruísta.

El cuarto deber es no interesarse por las aparentes diferencias en la formulación y opinión de los diversos estudios. El estudiante debe seguir y adquirir la forma que establece su maestro.

El quinto deber es que el estudiante debería familiarizarse con áreas de conocimiento encomiable, a parte de su propio campo. Esto se debe a que el conocimiento está interrelacionado, y porque la ignorancia de otras ramas del conocimiento muy a menudo produce fanatismo y desprecio.

El sexto deber es que el estudiante, cualquiera que sea la materia del estudio, debería abordarla en su debido orden. El conocimiento sufi es el conocimiento más avanzado, se observa aquí. Es bastante diferente de la mera repetición y adopción de diversas creencias transmitidas por nuestros ancestros. Esto se aplica tanto a la religión como a cualquier otra cosa.

El séptimo deber es no acercarse a una parte del estudio antes de que la precedente haya sido completada. Esto se debe a que cada etapa prepara para la siguiente.

Esta cautela respecto a hacer las cosas en la sucesión correcta puede ser ilustrada por el cuento del campesino analfabeto que aprendió a leer. Alguien le detuvo en la calle y dijo:

- Bien, amigo, supongo que ahora estás leyendo la Biblia.
- ¿La Biblia? –respondió indignado el campesino-, pase eso hace meses. Ahora estoy con los resultados de las carreras de caballos...

El octavo deber es entender el rango relativo de los diversos estudios. El desarrollo interno, por ejemplo, es un estudio más elevado que aquellos que no tratan de la subsistencia humana.

El noveno deber es que la meta debería ser el autoperfeccionamiento, no el poder visible, la influencia o la disputa. Tampoco se deberían *despreciar* los estudios externos que otros llevan a cabo, lo cual puede incluir derecho, literatura y prácticas religiosas.

El décimo deber es conocer la conexión entre los diversos estudios, de modo que uno no debería concentrarse rigurosamente en cosas relativamente insignificantes a expensas, quizás, de cosas distantes aunque significativas. Lo que es *realmente* significativo es de importancia *real* para el estudiante.

Shah, Idries
"Un Escorpión Perfumado"
Barcelona - España: Kairós, 1992
Página 91 - 93